

Todos pierden, o el agotamiento de un modelo.

Las elecciones municipales del 10 de octubre, de las que nos separan solo unas horas, marcan la séptima oportunidad para un electorado cuyo comportamiento tal vez merezca calificativos no muy divergentes. Abúlico, prescindente, desconfiado, indiferente, pasivo, desinformado, y, a juzgar por los resultados de su decisión en la abrumadora mayoría de los municipios, poco responsable en el momento de elegir las autoridades encargadas de administrar o gestionar sus gobiernos locales.

Esta ocasión también deja atrás un ciclo de treinta años y seis periodos de gobiernos municipales y dos leyes orgánicas municipales (LOM), enormes transformaciones urbanas y territoriales, sociodemográficas, ambientales y cambios profundos de las dinámicas y configuraciones físicas de las ciudades.

Este no es el momento ni el lugar para abordar un análisis pormenorizado de dichas transformaciones, cosa que por otro lado se viene realizando desde hace décadas con asiduidad pero sin mucho efecto, desde los estrechos y casi siempre sesgados enfoques de innumerables consultorías.

Propuestas sin balance, promesas sin diagnóstico.

Los debates y declaraciones de los candidatos a la intendencia y los muchos para la concejalía han navegado muchas veces entre la ingenuidad y la fantasía, entre la ligereza y el simplismo, entre promesas irreales y declaraciones de intención sin gran contenido, o más directamente, se han deslizado hacia el terreno de la mentira pura y simple y el descaro insolente, desde la implícita suposición de que el electorado no se merece nada serio y que puede ser arreado sin necesidad de explicación alguna.

Nadie parece haber estado ni con el conocimiento ni con el interés de realizar un balance de estos treinta años y seis periodos municipales transcurridos, ni con la disposición de tomar nota de que el estado de descomposición en el que ha caído la administración municipal en todos los órdenes, requiere algo más que una mera 'modernización', como algunos pretendidos concedores han sostenido.

Tampoco se ha profundizado ni se ha proporcionado más datos sobre hasta dónde van, qué abarcan y en qué consisten los cambios que se prometen, consecuencia por otro lado previsible de la ausencia de diagnósticos más o menos serios y ordenados, ni se han formulado prioridades, ni estrategias en el corto, mediano y largo plazo, ni cómo se organizan las propuestas en un todo coherente.

Como si todo se tratara de llegar al poder y 'luego veremos', aceptando tácitamente que en realidad, aparte de que no hay demasiadas ideas ni conocimiento, tampoco hay una intención ni una voluntad transformadora capaz de reformular las cosas desde el fondo. Una contribución para el debate acerca de lo que habría que hacer en Asunción se encuentra en:

<https://luisboh.com/bases-para-una-transformacion-municipal-en-asuncion->

Algo empieza a crujir.

Porque a lo que nos enfrentamos -y no solo en Asunción- es en realidad al colapso de lo que pudiéramos llamar 'el sistema municipal': estamos frente a la crisis terminal de todo un sistema, asistimos a la virtual implosión de un modelo y un concepto de administración municipal.

Desde la propia arquitectura normativo-institucional, desde la relación que guarda esta con el modelo vigente de las estructuras y las prácticas políticas, y desde el rol que juegan las fuerzas que efectivamente operan en las transformaciones urbanas y territoriales, aliadas -en íntima pero solapada interacción- con la gestión política bajo el signo puramente formal de aquella arquitectura normativo-institucional, la dinámica de las interacciones entre esas tres dimensiones ha precipitado a todo el sistema municipal al colapso cuyos efectos ya golpean y arrinconan la existencia de millones de habitantes en una cada vez más paupérrima calidad de vida.

Nada de eso parece haber sido detectado ni proyectado al rango de tema de debate, justamente en el momento en que más pertinente podría haber sido.

Cabe legítimamente sospechar entonces, que aunque empieza a percibirse un crujido subterráneo, aunque surgen fisuras y aparecen torcimientos amenazantes en los mismos cimientos del sistema, la fanfarria de las organizaciones partidarias prefiere hacer más estruendo y sonar más alto las cornetas y matracas, agitar con más fervor las pancartas y banderas para seguir con lo mismo de siempre, con la esperanza de que cuando todo se venga abajo, sea bajo los pies de quienes vienen después de los que ahora suben. Por el momento, cada quien sólo quiere su turno aunque no sepa o no tenga mucha idea de qué hacer, fuera de 'armar su equipo' y echar mano a los recursos para alcanzar un escalón más.

Salvo alguna que otra excepción, a falta de ideas todos simulan querer cambiar, y creen poder hacer creer a la gente que eso es posible solo con discursos o promesas, pero en realidad forman parte de esa trama de intereses perversamente entrelazados que necesitan que este sistema que se derrumba sea apuntalado para seguir un período más. Y otro y otro. El problema es que -como en demasiadas cosas en Paraguay- prevalece la ilusión del pillo que se cree que todos los demás son tontos. Tontos y eternamente pacientes. Pero, ni todos somos tontos ni la paciencia es demasiado grande como creen.

Por eso, y en lo que respecta a Asunción, por el momento nadie gana, sea quien sea el que llegue.

Más abajo y más hacia los bordes, algo, casi imperceptiblemente, empieza a crujir.

Asunción, octubre 10, 2021